

Primero se apoyó en la pared de su habitación, en la que me habían introducido—y se apoyó porque la vista de aquellos objetos parecía haberle quitado las fuerzas—, y luego me dijo:

—Señor Herbert de Renich, no me ha traído usted lo que he pedido, porque no se puede hacer escribir a una muerta. Es usted un miserable; de haber vivido mi mujer, jamás hubiera consentido en separarse de estos objetos. *¡Estas santas reliquias han sido robadas de su cadáver!*

XXVI

CÓMO SE DESVANECIÓ MI ÚLTIMA ESPERANZA.—LA EVA-
SIÓN DE LA «DAMA VELADA»

AL terminar de pronunciar estas palabras, el capitán se dispuso a tocar el timbre. Parecíame que acababa de oír mi sentencia de muerte, y que esta sentencia iba a ser ejecutada por alguien que iba a entrar en seguida. Son esos momentos muy penosos, por poco cariño que se tenga a la vida. Detuve el brazo del amo del *Vengador* y exclamé:

—¡Capitán, existe una prueba de la existencia de Mrs. G., más convincente aún que la de su letra! ¿Qué diría usted si le hiciera ver a Mrs. G.?

Volvió a mirarme con un soberano desprecio.

—¡La proposición se me ha hecho ya!—dijo con frío acento—. Su amigo el *herr* von Treischke ha tenido la osadía de imaginar que yo sería lo bastante estúpido para caer en el más burdo de los lazos, presentándose a tal hora, en tal sitio, desde el que me harían ver a Mrs. G. ¡A otro perro con ese hueso, compadres!

Pero le detuve de nuevo, pues había vuelto a alargar su mano hacia el temible timbre.

—No se trata de eso... ¡Capitán! ¡Capitán! ¡Escúchemel! Es necesario que me crea usted. En la noche de mañana,

quedará en libertad Mrs. G. Yo soy quien la hará evadirse. Concédame usted hasta mañana por la noche, y se la traeré aquí mismo, ¡por mi salvación y sobre la cabeza de mi madre!

—Me ha jurado usted ya muchas cosas sobre la cabeza de su madre—me contestó aquel mal hombre—, y ya estoy cansado de tantas farsas.

Pero tenía que contender con un adversario temible, y no sé de nadie más testarudo que aquel que sabe que va a morir si no consigue hacerse oír. Se le amordazaría hasta la asfixia, y aún hallaría el medio de hacerse entender por señas.

Yo no estaba amordazado, y supe dar a mis palabras tal seducción, tal convicción, tal acento de piedad, que pude conseguir que el capitán Hyx me oyera, con distraída atención al principio, que acabó por ser casi alentadora.

Le relaté mis diversos encuentros con la *dama velada* y nuestras íntimas conversaciones. Había en todo aquello tanto de inverosímil, que le vi encogerse de hombros en varias ocasiones. Sin embargo, acabó por decirme:

—*Está bien. Aplazo el asunto hasta mañana a las doce de la noche. Vaya usted; está usted libre hasta esa hora de mañana.*

¿Qué decir más? Dos horas más tarde desembarcaba en la playa de... siempre acompañado del Irlandés, que, sin más explicaciones, me condujo hasta mi hotel. Al separarse de mí, me dijo:

—Mañana a media noche vendré a buscarle. Es la orden. Procure ser exacto a la cita.

—Quizá esté en disposición de seguirle antes—le contesté—. En ese caso, ¿cómo podrá avisarle?

—Bastará con que ate usted un pañuelo en el antepecho de la ventana del hotel, para que yo acuda inmediatamente.

—Por si acaso, acuda usted con gente bien armada—añadió—. Nadie sabe lo que puede pasar.

—De acuerdo. Y si necesita usted de esa gente antes de las doce de la próxima noche, no tiene más que decirlo.

—Gracias... ¡Piensa usted en todo!

Nos saludamos y subí a mi habitación, en la que encontré unas líneas de Potaje, por si volvía yo. El buen muchacho me rogaba que si regresaba aquella noche, que no me impacientara y que le esperase, prometiéndome que no perdería el tiempo.

La verdad era que, al menos por el momento, todo movimiento mío era inútil. Y me metí en mi cama, en la que dormí con una especie de voracidad, devorando la funda de mi almohada. Hacía sus sesenta horas que no gustaba de ningún descanso. Así, pues, me sumí en el sueño y en las pesadillas de una manera formidable.

Cuando me despertó Potaje—lo que no pudo conseguir sino después de una lucha entre ambos que duró diez minutos—, me contó que mis ronquidos y mis alucinaciones, entrecortadas por mis interjecciones y mis maldiciones y juramentos de pesadilla, oíanse en el rellano de la escalera, causando el regocijo de los viajeros y el espanto de sus hijos pequeños.

¡Excelente Potaje! Nunca podré repetir ni agradecer bastante lo mucho que me cuidó y mimó durante el día que siguió. Había regresado con buenas noticias. La ventana estaba lista. No había más que esperar a la noche próxima, en cuyas diez horas penetraría en la habitación de la *dama velada*, ataría a ésta a una cuerda que ya estaba allí oculta, y descolgaría a Mrs. G. hasta mis brazos. Yo estaría debajo del balcón, tras la roca Ardan, en una barquilla de la que habiase apropiado Potaje forzando una cadena y abriendo con gran habilidad un candado.

—Así, pues, mañana por la noche, a las diez, la *dama velada* estará en libertad—suspiré—. No será, ciertamente, demasiado pronto; pero, afortunadamente, no será demasiado tarde, pues he obtenido un plazo hasta media noche. ¡Potaje, mi vida está entre tus manos!

—Si no hubiera entrado anoche la dama de compañía, e asunto estaría ya arreglado, pues el barrote acababa de ceder; pero, como le digo, entró y se quedó hasta el alba, y entonces nada podíamos hacer, a causa de las canoas que pasan por la rada, algunas de las cuales tengo la seguridad de que están destinadas a la vigilancia del puerto particular del castillo de *la Coya*.

—En fin, puesto que tienes la seguridad de que se resolverá el asunto la próxima noche, basta!

Pasamos el día en el hotel. Tuve que contar a Potaje todas las aventuras que acababa de atravesar, y le di todos los detalles referentes a la batalla invisible y que él ignoraba. Estaba transportado de entusiasmo, y, como es natural, lleno de admiración por el capitán Hyx.

Cuando me levanté, pues no podía dominar mi impaciencia, hacia las ocho, y hube tragado una taza de caldo, aún humeante, que me trajo Potaje, y en el que había echado tres huevos frescos que el mismo Potaje fué a comprar, me sentí invadido de una fuerza hercúlea.

La vida comenzaba a parecerme hermosa de nuevo.

Ya no tendría que temer a von Treischke; salvaría a Amalia y a sus hijos, y merecería la gratitud del capitán Hyx, que me debería su felicidad del resto de sus días, por lo cual le habría devuelto la razón y lucidez... ¡En marcha en marcha! ¡Vamos, Potaje!

Hacia la más hermosa noche que soñarse puede para una evasión... Era negra como un lobo. ¡Los dioses estaban con nosotros!

Nos deslizamos por la rada envueltos en la obscuridad, abordando con tanta brutalidad en la roca Ardan, que estuve a punto de ser derribado.

Estuvimos allí más de una hora, vigilando lo que en medio de la obscuridad y a nuestro alrededor pasaba. Teníamos frente a nosotros la ventana, entre las dos torres; pero apenas se divisaba un rayo de luz entre las espesas cortinas.

—Cuando esté sola—me dijo Potaje—me hará una señal, corriendo la cortina de la derecha dos veces y una la de la izquierda. Entonces treparé yo a la cornisa y de allí a la ventana, quitaré el barrote—para ello no hay más que tirar de un lugar que ya le he indicado—, saldrá ella al balcón la ataré a la cuerda y usted la recibirá en la barca. Es seguro que dentro de media hora la dueña se retirará a descansar a la habitación contigua, y entonces daremos el golpe.

—¡Ay, Potaje! Todo lo que dices es tan hermoso, que tiemblo por si surge algún entorpecimiento.

Y con el corazón angustiado aguzaba el oído al menor ruido. Así, pudimos percibir a nuestro alrededor cosas que se deslizaban en la obscuridad, a una distancia de sesenta brazas, que entraban y salían del castillo de *la Coya*. En varias ocasiones, incluso llegó a nuestros oídos, muy distintamente, el ruido de las puertas de hierro del puerto particular, al abrirse o cerrarse—era un chirrido particular que no se olvidaba nunca luego de oído una vez—, y pensaba: ¡he ahí el misterio de la bahía de Vigo, que continúa! ¡La batalla debe seguir en su apogeo, allá lejos, en dirección a la isla de Toralla, y en la cota seis metros ochenta y cinco!

Pero de pronto dejé de pensar en la Batalla invisible.

Allá arriba, frente a nosotros, acababan de correrse las cortinas en la forma indicada por Potaje y la silueta de la *dama velada* se mostró encantadora sobre el fondo luminoso de la habitación interior. Luego sobrevino bruscamente la obscuridad. La *dama velada* había apagado la luz y oímos abrirse quedamente la ventana. Potaje dijo entonces:

—¡Ya está!

Y dirigió la barca silenciosamente fuera de la roca Ardan hasta tocar en la torre Oeste, y allí la amarró como tenía por costumbre.

Maniobraba alegremente, sin prisa, con seguridad. Con el arpón buscó la cornisa.

De pronto lanzó un juramento: ¡la cornisa había desaparecido!

Nos dimos cuenta entonces de que había habido aquel día una gran marea, llegando las aguas hasta la cornisa, ya vacilante, sobre todo desde que nos sirvió de camino a Potaje, Gabriel y a mí mismo, y la cornisa se había hundido, por lo menos en aquel lugar que nos era necesario.

No disponíamos, pues, de un camino para llegar hasta la escalera exterior, desde la que trepábamos a la ventana.

Nos hallábamos completamente aislados de la *dama velada*, que allá, en lo alto, seguía esperando a su salvador.

Oímos cómo la cautiva tosía con precaución, revelando aquella tosecilla su inquietud e impaciencia.

Renunció a describir el estado de agitación en que me hallaba por ser fácilmente concebible.

—¡No se desespere usted, señor!—murmuró Potaje—. ¡El mal no es muy grande! ¡La señora tendrá que atarse ella sola, deslizándose luego a lo largo de la cuerda; eso es todo!

Algunos golpes de remos nos llevaron debajo del balcón.

A pesar de la obscuridad, distinguimos bastante bien la sombra de la dama, que se inclinaba desde lo alto—demasiado alto, ¡ay!—sobre nosotros. Sin embargo, su voz llegó hasta nosotros:

—¿Qué hacen ustedes? ¡Estoy esperándoles!

Me levanté cuanto pude y le contesté:

—Nos es imposible llegar hasta usted porque la cornisa ha sido destruida por la marea. Pero tiene usted la cuerda, átela usted y déjese deslizar por ella. No tema nada, que no hay peligro alguno. Estamos aquí.

Me contestó un verdadero grito de desesperación.

—¡Suban hasta aquí—suplicaba aquella mujer—, lleguen hasta mí! ¡Es absolutamente necesario que suban hasta aquí!

—¡Pero usted tiene la cuerda!

—¡Sí, sí la tengo! ¡En nombre del cielo, suban!

—Si no podemos subir. Descuélguese usted.

—¡Ah! ¡Suban, suban; si no, estoy perdida!... ¡Perdida para siempre!

Potaje y yo temblábamos de horror y desesperación. ¿No me comprendía o no quería comprenderme? ¡Porque, en fin, ella nos oía como nosotros a ella!

Nosotros no sabíamos más que repetir:

—¡Pero ate usted la cuerda, átela usted!

—¡Desgraciados!—sollozó de una manera extraña, extrañísima—. ¿Acaso no sabéis que eso me está prohibido?

¿Qué significaba aquello? ¿Estaba loca o lo estábamos nosotros?

El caso fué que estallaron arriba tales sollozos, una tan inexplicable desesperación, que reapareció de nuevo la luz en la habitación y vimos la sombra de la dueña precipitarse al balcón y coger a la *dama velada*, mezclando sus gritos y llamadas a los gemidos de ésta. A continuación dos o tres detonaciones de arma de fuego nos dieron la seguridad de que disparaban sobre nosotros, un poco al azar ciertamente; pero no teníamos más remedio que escapar lo más rápidamente posible.

Estábamos ya un poco alejados, cuando vi abrirse de nuevo las verjas del puerto interior. No cabía duda alguna que iban a perseguirnos, y hubiéramos seguramente caído en las garras de los hombres del castillo de la Coya, a no ser por las opacas sombras de la noche que protegieron nuestra huida.

Después de haber escapado a aquellos bandidos y no teniendo interés en caer en manos del teniente Smith, sobre todo habiendo fracasado en mi empresa de evasión, le dije a Potaje, después que doblamos el muelle y estuvimos en el malecón, pues nos fué necesario ganar el mismo puerto de Vigo, ya que era el único que nos ofrecía una esperanza de refugio:

—¡Mi querido Potaje, estoy ya hartos! Si mi vida te inspira algún interés, no volvamos al hotel y huyamos de estas tierras sin perder momento. ¡Ah! ¡Qué lejos están aque-

llos tiempos tan sosegados y tranquilos cuando pedíamos limosna en la puerta de las iglesias!

—Ya verá usted cómo esos tiempos benditos vuelven; no se desespere—me contestó aquel buen Potaje—. Hasta tanto, es necesario que salgamos de esta barca.

Apenas saltamos al muelle echamos a correr para evitar cualquier encuentro desagradable. En aquel momento sonaron las doce y media en el reloj de la Colegiata y oí una voz detrás de mí que decía:

—Señor Herbert de Renich, he esperado a usted en su hotel una hora. Perdone si he venido a su encuentro hasta aquí.

El que pronunciaba estas palabras era el teniente Smith en persona. Sentí impulsos de romperle la cabeza de un pistoletazo; pero como, siguiendo mis indicaciones, iban con él media docena de mocetones bien armados, ni Potaje ni yo pensamos en resistir. Más que nunca er su prisionero.

XXVII

CÓMO SE TERMINÓ LA BATALLA INVISIBLE

Nos hizo subir a Potaje y a mí en un auto y volvimos a emprender el ya conocido camino de la playa. Era para mí motivo de consuelo el hecho de que Potaje me acompañaba.

—¿Tienes, pues, deseos de presenciar mi muerte, mi buen Potaje?—le pregunté con lágrimas en los ojos, pues sentía cómo el pobre medio muchacho, sentado en su carretilla, cubría mis piernas de besos.

—¡Señor!... ¡Señor!... Déjeme usted que obre y que hable, y a poco que nos proteja Santiago de Compostela, no doy ni cinco céntimos por nuestro *De Profundis*.

La chalupa que nos esperaba en la playa de Coricia, no nos condujo esta vez a bordo del *Vengador*. Apenas nos alejamos de la playa, izaron en la punta de un mástil las tres luces amarillas que ya había visto en la *Espuma*, y deduje que íbamos a poner proa al Oeste y penetrar en aguas de las islas Cies, como sucedió en efecto.

Para gentes advertidas como lo estábamos Potaje y yo, era imposible dejar de observar ciertas cosas, que nos recordaban la batalla de las profundidades.

En la ensenada del castillo de la Coya eran muy raros los indicios del combate; pero aquí pasábamos claramente

sobre ellos, y a despecho de la obscuridad, y quizá a causa de ella, volvíamos a ver ciertos resplandores poco naturales, inclinándonos hacia el abismo marino. Creo haber explicado ya que aquellos resplandores no eran en modo alguno producidos por la fosforescencia.

En cuanto a los negros pontones, no los veíamos; pero no lejos de nosotros oíamos *sus suspiros*.

¡Oh, sí! ¡Todavía seguían batiéndose bestias feroces aquella noche alrededor de los galeones de Vigo, hundidos a treinta y cuarenta metros de profundidad! Nos aseguramos completamente de esto al aproximarnos al cabo Víctor, situado en la extremidad Sur de la isla de San Martín.

No conocía yo esta isla, pues en la que una vez abordé era la central, en donde se abre la ensenada de la *Espuma*, en cuyo interior vi desembarcar tantos heridos.

En la isla San Martín no supuse que hubiera ninguna instalación de la *Cruz Negra*, pues no vi más que hombres válidos, ¡pero en qué cantidad!, que se disponían a tomar parte en el combate. También vi otras cosas capaces de espantar al más valiente.

Habíamos doblado el cabo Víctor y penetrado en la bahía que se abre al Sur de la isla, entre el cabo Víctor y la punta Conerilo. Esta bahía no da frente a Vigo, sino a alta mar por el lado Sur. De pronto salimos de la obscuridad para penetrar en plena claridad y en el movimiento de un puertecito oculto en un rincón de rocas y acantilados.

Al igual que en la bahía de Barra, había allí batallones de buzos, trenes de artillería, vagonetas cargadas de estatuas de guerreros inmóviles, que descendían, penetraban y desaparecían en el mar.

Potaje se estremecía de alegría sobre su carricoche y estuvo a punto de caer varias veces al mar, inclinándose demasiado imprudentemente sobre la borda.

Por fin atracamos. No sabía lo que iban a hacer de mí; pero estaba tan embrutecido por la rapidez de los acontecimientos y la inesperada sucesión de mis nuevos infortu-

nios y por el fracaso de todos mis proyectos, que, sin fuerza alguna de reacción, me dejaba conducir moral y físicamente por todas las fantasías de mi aciago destino.

A Potaje, en cambio, jamás le vi tan vivaracho, tan bullicioso ni tan animado.

El irlandés nos hizo desembarcar, conduciéndonos a vastas construcciones que se levantaban al borde del agua en la parte más retirada de la ensenada en cuestión.

Penetramos por una puertecita a un extenso patio vivamente iluminado. Pero casi inmediatamente lancé un grito de horror, mientras daba Potaje una verdadera vuelta de campana sobre su carretilla, teniendo ante nosotros tres monstruos antediluvianos, rampantes y movedizos, rechinantes y gesticulantes, agitando cien brazos tajantes, arpones y garras que debían reducir a sangrienta papilla toda carne que a su paso hallaran.

En un rincón y en el centro de un grupo de hombres que contemplaban tranquilamente a aquellos monstruos, reconocí al ingeniero Mabell, que al pasar nosotros le dijo al teniente Smith:

—¡Dígale al capitán que los tanques están preparados!

Piénsese que hasta entonces no había yo oído hablar de los tanques, que, por otra parte, no habían aún hecho su aparición en ningún campo de batalla. Imagínese, pues, el efecto que nos causaron a Potaje y a mí.

Después de su pirueta, había venido Potaje a refugiarse en mis piernas y cogido una de mis manos.

Y recordé estas palabras de Mederic Eristal:

«El capitán Hyx es un hombre sorprendente, ¡sorprendentel! *¡Está preparándoles una de sus sorpresas!*»

Los tanques decidieron de hecho de la suerte de la Batalla invisible y pulverizaron desde sus fundamentos y trincheras la empresa de los boches en la bahía de Vigo.

Gracias a aquellas *damned things* se ganó una de las más importantes victorias de la Guerra Mundial: *la victoria de la cota seis metros ochenta y cinco*.

Habíamos llegado al extremo del patio y estaba yo muy inquieto, pues habían tenido los tanques ciertos movimientos que me parecieron especialmente dirigidos contra nosotros.

Penetramos en una casilla de madera, muy sencilla, como las que se ven en los trabajos de obras públicas, encerrándonos en un espacio muy oscuro. Cuando dije *nos* encerraron, debí decir me encerraron, pues una vez que la puerta se cerró busqué en vano a Potaje... ¡Había desaparecido!

Sin duda alguna creyó el Irlandés haberle encerrado conmigo, pues se dirigió tranquilamente a la habitación contigua, reuniéndose con los oficiales que se apiñaban alrededor de una mesa ante la que había sentada en un enorme sillón la más extraña figura guerrera que me fuera dable imaginar...

Todo aquello lo veía yo por el intersticio de dos tablones mal unidos que dejaban pasar algunos rayos de luz. Aquellas construcciones, febrilmente levantadas empleando maderas mal cepilladas y planchas mal encuadradas, nunca están bien cerradas y, como es natural, yo me aproveché.

El extraño guerrero no era otro que el capitán Hyx en persona, revestido ya—menos el casco—de la formidable armadura del Príncipe Negro, que ya tuve ocasión de ver en el fondo del mar.

Tenía ante él un mapa de la bahía de Vigo, y su cabeza, emergiendo de la armadura, moviase a derecha e izquierda, siguiendo las indicaciones que daba a viva voz concernientes a la batalla que se libraba en torno a la *cofa seis metros ochenta y cinco*.

Sus órdenes no eran discutidas, pues no eran consejos lo que él pedía, declarando simplemente que con la ayuda de los tanques no quedarían boches aquella noche en la bahía de Vigo, y que la *empresa de los doce apóstoles veríase libre por mucho tiempo de ellos: el necesario para llevarla a buen fin...*

De pronto pareció elevarse de bajo tierra una vocecita

aguda y penetrante, muy conocida por mí y que dijo: —¡Perdón, capitán; permítame una palabra, si no le molesta!

No me detendré en describir el efecto producido por la intervención de Potaje, tanto más cuanto que el lisiado dió un salto y se colocó en la mesa a la altura de la noble y amenazadora cabeza que emergía de la cabeza del Príncipe Negro...

—¿Quién es este pigmeo?—preguntó el capitán Hyx.

—Tal cual es—contestó Potaje sin desconcertarse—se ufana en disponer de los medios que pondrán a usted en posesión de todo el oro que han podido substraer los boches de los doce apóstoles... Pero no diré una sola palabra hasta que no estemos solos, si es que no tiene usted miedo de quedarse solo conmigo, capitán—añadió Potaje.

Al oír estas palabras todo el mundo se echó a reír, pero desaparecieron todos a una seña del capitán Hyx.

Entonces Potaje se acercó al capitán y le dijo:

—¡Ese oro está en los subterráneos del castillo de la Coya!

—¡Toma, eso ya lo sé yo!—exclamó el capitán—; pero no puedo atacar ese castillo ni por tierra ni por mar... ¡No debo dar ningún escándalo! Usted, medio hombre, que tan bien informado está, ¿no sabía eso?

—¡Lo que no le ha impedido a usted, capitán, apoderarse de von Treischke en pleno Vigo!—dijo aquel diablillo.

—¡Pero sin ruido! ¡Sin escándalo!—gruñó el capitán—; ¡pero, cuidado!... ¡sabes muchas cosas para que te deje ir muy lejos en tu carretilla!..

—¡Capitán, mi carretilla no desea otra cosa que seguir a usted, o mejor dicho, déjese usted guiar de ella y no le resultará mal!... ¡Se lo dice a usted Potaje! Mi opinión es—añadió mi servidor—que ya que no puede atacar el castillo por encima, tiene usted el derecho de sorprenderle por debajo... ¡Ah, ah!, ¡parece que Su Alteza se digna escucharme!... ¡Dispense que le diga aún que conozco, como el fon-

do de mi bolsillo, el camino que, *bajo el mar*, le permitirá penetrar en esos subterráneos llenos de oro, y que quizá en estos momentos *contengan otra cosa...*

Y se acercó al oído del capitán y le habló en voz baja.

Veía el movimiento de sus labios y no me cabía duda de que hablaba al Príncipe Negro de la dama velada, poniéndole al corriente de todas las confidencias que hice a Potaje.

Al mismo tiempo recordé el tragaluz y la escalerita marina por la que pudimos escapar de las aguas del castillo de la Coya... y de nuevo renacía a la esperanza. ¿Convencería Potaje al capitán?

En todo caso, el ataque submarino debía tentarle mucho.

Para llegar hasta allí debía vencer al ejército submarino boche en toda la línea.

¿Pero no iba a destruirlo con sus tanques?

El caso fué que el capitán llamó a todo el mundo: se le atornilló en sus hombros el casco de general del ejército submarino; alguien le empujó en su sillón de ruedas hasta el patio, y todo el mundo siguió... ¿Y a quién seguían? Al mismísimo Potaje, que parecía dirigir aquel cortejo.

Llegaron al patio, se abrió uno de los tanques para tragar a Potaje y al capitán, penetrando el resto de los jefes en los otros dos tanques, y las tres bestias antediluvianas pusieron a rampar monstruosamente sobre la arena, atravesando las anchas puertas abiertas que me mostraban aquel lienzo de mar iluminado, a ras de agua, por resplandores eléctricos... ¡Qué visión! ¡qué visión!

Encerrado en aquel reducto como en un cofre, cayeron mis párpados guardando aquella visión, y acabé por adormecerme, continuando en mi sueño la horrible pesadilla de mi vida...

Por cierto que puedo decir que asistí, por medio de mi cerebro en delirio, a aquella última y formidable fase de la batalla de los tanques en el fondo de la bahía de Vigo.

Asistía yo al espanto, a la huida, al exterminio de las

tropas submarinas de von Treischke, las que, además, acababan de enterarse que estaban privadas de su jefe, caído en manos del enemigo.

¡Sí, yo vi aquel desorden y aquel horror de pesadilla... Pero me contó después Potaje lo que en realidad pasó, y, según parece, mi sueño había estado muy por debajo de la realidad... Lo que puedo creer sin dificultad, juzgando por lo que oficialmente se nos ha hecho saber sobre la intervención de los tanques en la batalla del Norte del mundo en el frente occidental...

¡Ah! ¡los malditos tanques!

Cuando los volví a ver ya estaba yo despierto. El Irlandés vino a buscarme a mi prisión, y en el patio me vi rodeado por una multitud de semi-buzos, esto es, de soldados que no se habían aún quitado el uniforme de combatientes submarinos y que lanzaban gritos de victoria...

En cuanto a los malditos tanques, salían más monstruosos que nunca, chorreando agua y sangre, de las ondas enrojecidas a su paso y que, titubeando y rampantes, acababan por detenerse ante nosotros.

La primera persona que vi saltar de aquellos carros diabólicos fué a mi buen Potaje, ¡y con qué alegría y qué ruido de su carretilla!

La segunda en salir fué el capitán Hyx, que se había quitado la armadura en el departamento cerrado que había a bordo del tanque.

¡Y la tercera, la *dama velada!*